

LOS MEJORES REFRANES DE NUBES

José Miguel Viñas

NOTA PRELIMINAR: El presente artículo apareció publicado –en una versión ligeramente distinta e ilustrada– en el número 410 de la revista MUY INTERESANTE, correspondiente al mes de julio de 2015.

En un anterior reportaje titulado “Ande yo caliente...”, que publicamos en el MUY nº 390 (Noviembre 2013), vimos la ciencia que se escondía detrás de varios conocidos refranes meteorológicos. Este artículo sigue la misma línea, aunque en esta ocasión limitaremos la selección de refranes a aquellos que hacen referencia explícita a las nubes. Históricamente, la observación de las cambiantes formas nubosas y de los colores del cielo, especialmente durante la puesta y la salida del sol, ha dado origen a un sinfín de reglas destinadas a predecir el tiempo venidero. En este pequeño repaso que vamos a dar al “refranero nuboso”, comprobaremos cómo para la gente del campo o de la mar, las nubes son signos de cambio de tiempo.

Observar un determinado tipo de nube en un momento dado del día, arroja pistas sobre la evolución atmosférica de las próximas horas. Nuestros ancestros comenzaron a darse cuenta de ello y fueron adquiriendo un conocimiento que se transmitió de padres a hijos, generación tras generación. Esa sabiduría popular es la que recogen multitud de refranes, en el caso que nos ocupa, los que tienen a las nubes como protagonistas. Nos detendremos en algunos de ellos y desentrañaremos su significado. Aprenderemos a leer el cielo, a interpretar correctamente lo que nos dicen las nubes. Los refranes que vamos a ir desgranando no son infalibles, pero sí que se cumplen muchas veces, de ahí que hayan resistido el paso del tiempo y sigan siendo tenidos en cuenta por algunas personas.

No salgas del puerto si las nubes no corren con el viento

El origen de este refrán marino se remonta a la época de la navegación a vela. La recomendación que predica pierde su sentido hoy en día, ya que con independencia de que sople o no viento, la mayoría de los barcos pueden afrontar una travesía gracias a la autonomía que les proporcionan sus motores. Lo único que sigue preocupando al navegante actual es la posibilidad de que las condiciones meteorológicas sean adversas en mar abierto, algo que, como veremos algo más adelante, también se encargan de recordar otros refranes. No obstante, la observación de las nubes desde el puerto, antes de partir, es un ejercicio recomendable para todo aquel que vaya a hacerse a la mar. En el caso particular de una competición a vela, cuanto mayor conocimiento tenga una tripulación del viento que soplará en los distintos tramos del campo de regatas, más papeletas tendrá para hacerse con el triunfo. Si bien los regatistas tienen a su disposición detalladas predicciones del viento, sigue resultando fundamental hacer una buena lectura del cielo en los momentos previos a la salida, para lo cual es importante observar las nubes y su comportamiento.

Cielo a velloncicos, agua a cantaricos

Esta es una de las muchas versiones de un dicho popular muy usado en el ámbito rural, que alude a un tipo particular de nube anunciadora de lluvia: los altocúmulos floccus (en forma de copos). La palabra “velloncicos” deriva del término castellano “vellones”, que son los montones de lana que resultan de esquilarse a las ovejas. El cielo a velloncicos es equivalente al cielo aborregado, borreguero o de lana, al cielo empedrado (“suelo mojado”, sentencia el refrán) o al enladrillado del famoso trabalenguas; todas estas denominaciones son las empleadas desde antaño por los pastores –la gente del campo, en general– para describir el aspecto que adopta el cielo a veces, tapizándose con esa especie de rebaño celestial de pequeñas ovejas o borregos. Los velloncicos o borreguitos preceden con frecuencia –no siempre– a la llegada de frentes, de ahí que se les considere anunciadores de lluvia. Su presencia no suele pasar desapercibida, siendo a veces muy espectaculares, especialmente cuando el sol está a poca altura sobre el horizonte.

Con nubes por el cielo, no hay hielo por el suelo

Este refrán agrícola constata un hecho que cualquier persona puede comprobar a poco observadora que sea: las noches despejadas son más frías que aquellas en las que el cielo está cubierto. En el caso particular del invierno, la presencia de nubes evita en muchos casos la helada; muy temida por los agricultores cuando es tardía, fuera de las fechas, ya que provoca daños irreparables en los cultivos. El enfriamiento nocturno se produce como consecuencia de la pérdida neta de calor del suelo por radiación. Tanto de día como de noche, el suelo emite hacia arriba radiación infrarroja (calor), pero mientras que en el período diurno la insolación calienta el suelo, durante el nocturno –al dejar de haber radiación solar– el suelo se enfría progresivamente. Si hay una capa de nubes, parte de la radiación terrestre que escapa hacia arriba es devuelta hacia abajo, produciéndose un menor descenso de la temperatura junto al suelo, lo que en muchos casos evita la helada. A veces, puede helar de noche en presencia de nubes, circunstancia que es interpretada por los campesinos como aviso de nevada (“Helar y nublar, señal de nevar”, sentencia otro refrán).

Nubes con franjas o ribetes, aferra bien los juanetes

Los juanetes a los que hace referencia este refrán mariner no nada tienen que ver con la dolorosa inflamación del dedo gordo del pie que afecta a algunas personas. Se trata de un tipo de velas situadas en la parte alta de las arboladuras de los grandes barcos a vela. El refrán da a entender que cuando aparecen en el cielo cierto tipo de nubes, el viento soplará fuerte, lo que obliga a asegurar los citados juanetes. Esas nubes “con franjas y ribetes” a las que se refiere el dicho, no se corresponden con un único género nuboso. Se trata de una forma genérica de describir a las nubes sometidas a vientos intensos, lo que genera en ellas formas desgarradas, jirones... algo parecido a lo que le ocurre a una bandera que ondea en un lugar muy ventoso; que con el paso del tiempo va deteriorándose por los bordes, perdiendo su perfecta forma rectangular original. En la

misma línea que este refrán tenemos este otro par: “Nubes barbadadas, viento a carretadas” y “Por las nubes colas de gato, el viento va a darnos un mal rato”.

Nube madrugadora, piedra traidora

El granizo es, probablemente –junto a las fuertes heladas–, el meteoro más temido por los agricultores. El caprichoso pedrisco (granizo de gran tamaño), conocido popularmente como “piedra” (de hielo, se sobreentiende) puede destruir por completo un campo de cultivo, de ahí el afán que siempre ha tenido la gente del campo por anticiparse a su llegada, recurriendo, no pocas veces, a distintos rituales de protección. El refrán ofrece una regla práctica de predicción del granizo. Lo habitual es que las granizadas estivales se produzcan por las tardes. Los días que eso ocurre, durante la mañana aparecen en el cielo los primeros signos de la actividad tormentosa que está por llegar. La presencia de pequeñas nubes a primeras horas en las inmediaciones de las montañas indica que ya están en marcha las corrientes ascendentes de aire caliente que harán crecer esos cumulos hasta convertirlos en gigantescas nubes de tormenta (cumulonimbos), que son las que darán lugar al granizo. Cuanto antes surjan las pequeñas nubes precursoras de las tormentas, más fuertes serán estas y mayor el riesgo de pedregada.

Nube baja y como el humo, que trae mucha agua presumo

Las nubes se sitúan en la atmósfera en tres pisos o niveles: alto medio y bajo. Las que se localizan en este último nivel –las más cercanas a la superficie terrestre– son las que habitualmente dejan las lluvias más abundantes. La nube baja a la que hace referencia el refrán puede ser desde un amenazante nubarrón tormentoso hasta un denso y oscuro nimboestrato, con elementos nubosos deshilachados en su parte inferior, que el dicho identifica con el humo. Cuando bajo un cielo plomizo, cubierto de oscuros nubarrones, tiene lugar un fuerte aguacero, en el seno de la cortina de precipitación el contenido de humedad del aire es tan elevado y la temperatura tan baja, que de forma espontánea se condensa parte del vapor de agua, generándose esa especie de humo, una nube desgarrada, desfigurada, de aspecto vaporoso, que en el argot meteorológico recibe el nombre de *pannus*. Las propias cortinas de precipitación, vistas desde cierta distancia, muestran también un aspecto similar, como difuminado. Son todos estos detalles los que indican a un observador que la lluvia es inminente y que además será abundante.

Cuando en el cielo oscuro hay ventanas, de llover no hay gana

La regla de predicción que establece este refrán demuestra hasta donde llegaba la capacidad de observación de nuestros ancestros, con el fin de conocer el tiempo venidero. La presencia de un cielo cubierto de nubes no siempre es sinónimo de lluvia. Bien es verdad que cuando amenaza lluvia, la oscuridad del cielo aumenta de forma perceptible, debido al mayor espesor de los nubarrones cargados de agua precipitable. Su negrura es debida a que la gran cantidad de gotas de distintos tamaños contenidas en ellos forma una pantalla casi opaca a la luz del sol. Ocurre a veces que, a pesar de tener un cielo oscuro y, en apariencia, amenazante, no se produce la lluvia. En tales casos, el

manto nuboso no suele presentar tanta uniformidad, sino que hay zonas donde clarea algo más, con presencia, incluso, de algún agujero por donde se deja entrever el azul celeste. Las ventanas a las que hace referencia el refrán son esos huecos o zonas de mayor claridad en el techo de nubes, lo que indica el cese de los procesos generadores de la lluvia.

Nube amarillenta, viento representa

La observación de los colores que adoptan el cielo y las nubes durante la puesta de sol sentó las bases de los primeros pronósticos del tiempo puestos en práctica por los seres humanos. Refranes como este, tienen su origen en el aprendizaje adquirido al observar los distintos colores del cielo y establecer conexiones con la evolución atmosférica. El color amarillo, tanto en las nubes como en el propio cielo, se ha asociado, históricamente, al viento, de manera que si esa es la tonalidad al ocaso, la jornada venidera será ventosa. La meteorología popular recoge deducciones parecidas con otros colores como el rojo, el púrpura o el naranja. Un atardecer de color salmón indica buen tiempo y más calor para el día siguiente, también con viento. Algo similar cabe esperar si el final del día es de color púrpura. Y si la puesta de sol es rojiza, con el cielo nuboso y rojo oscuro, lo más probable es que llueva y sople viento esa misma noche y al día siguiente. Volviendo al color amarillo, algunas reglas de predicción entran en un mayor nivel de detalle. Si el amarillo crepuscular es pálido, soplará viento frío, y si es amarillo oro, el viento será cálido.

Al anochecer arreboles, al amanecer goterones

Aunque los refranes del tiempo encierran un valioso conocimiento meteorológico, adquirido de forma empírica a lo largo de muchos siglos, no podemos tomarlos como verdades absolutas. Prueba de ello es la existencia de no pocos contrarrefranes, cuyo significado entra en conflicto con otros que afirman justo lo contrario. Este refrán nos sirve para ilustrar lo anterior. El arrebol es el intenso color rojizo que adoptan a veces los estratocúmulos, una capa de nubes pequeñas y redondeadas, similares a los borreguitos o los velloncicos a los que hacía alusión uno de los refranes ya comentado. Dando por bueno este refrán, si durante el ocaso vemos los citados arreboles, a la mañana siguiente lloverá. Esto puede ocurrir a veces, pero no siempre. Prueba de ello es la existencia de otro refrán (“Arrebol por las noches, a la mañana con soles”) que apunta justo en la dirección contraria; si vemos esas nubes al atardecer, estará soleado al día siguiente. Cualquiera de las dos sentencias puede cumplirse o no.

De las nubes más negras cae un agua limpia y fecundante

Terminamos este pequeño repaso a los refranes que aluden a las nubes, con un proverbio chino, pues tampoco faltan referencias meteorológicas en el acervo popular de esa cultura milenaria. El grado de oscuridad de una nube que amenaza lluvia –lo que popularmente conocemos como un nubarrón– depende en buena medida de la cantidad de hidrometeoros contenidos en ella. Cuantas más gotas, gotitas, granizos, cristales de hielo... contenga una nube, más impedirá el paso de la luz del sol y más oscura y

amenazante la veremos. Las lluvias abundantes, las procedentes de las nubes más negras –vistas desde nuestra perspectiva terrestre, junto al suelo– son las más beneficiosas para el campo, de ahí el sentido que recoge el proverbio. Únicamente en el caso de que llueva torrencialmente no todo serán beneficios, produciéndose también calamidades.